

LA IZQUIERDA DESPUES DE LA CRISIS DEL COMUNISMO Y LAS IMPLICACIONES ECONOMICAS Y TECNOLOGICAS

T. Ran Ide

La caída del Muro de Berlín marcó un cambio en los acontecimientos que no tuvo parangón en ningún otro momento del siglo XX. Desembocó en la ruptura del Pacto de Varsovia y, a continuación, de la propia Unión Soviética, con lo cual el mundo quedó enfrentado a una situación en la cual el concepto tradicional de «equilibrio de poder» ya no existía de una manera real.

Ante esta situación de una sola superpotencia, las implicaciones alcanzaron a prácticamente todos los ámbitos de los intereses humanos: políticos, ideológicos, sociales y económicos. Sólo subsistieron las diferencias tradicionales en materia de religión. Teniendo en cuenta el compromiso de las naciones que forman parte de los Siete Grandes con la economía de mercado, y el poder de los medios de comunicación para transmitir seductoras imágenes de estilos de vida imaginarios a casi todos los lugares del mundo, es comprensible que tantas personas de tantos países quisieran cambiar las instituciones existentes por aquellas que parecían prometer una especie de utopía donde el ideal platónico de unas vidas plenas y satisfactorias aparentemente estaba a su alcance.

Los resultados de unas expectativas no cumplidas empiezan ya a manifestarse en un marco temporal increíblemente corto. Anarquía es una palabra muy fuerte, pero apropiada para describir lo que está sucediendo en muchos de los países que constituían lo que se había dado en llamar el Blo-

que del Este. Al parecer, el único consejo que son capaces de dar las naciones occidentales es «Tened paciencia». A pesar del recientemente anunciado paquete de 7.000 millones de dólares, la ayuda en materia de provisión de alimentos y recursos financieros es mínima. Las llamadas potencias económicas o bien no pueden o bien no están dispuestas a proporcionar nada más que una ayuda simbólica.

Ya sea que se trate de lo uno o de lo otro, la mejor manera de entenderlo es examinando las condiciones económicas y sociales que existían en Occidente en el momento de la demolición del Muro de Berlín.

«Eran los mejores tiempos, eran los peores tiempos». Esta famosa frase con la que Charles Dickens abre su *Historia de dos ciudades* podría muy bien aplicarse a la descripción del mundo que siguió a la revolución tecnológica causada por la rápida evolución de la microelectrónica y de las comunicaciones digitales en las décadas de 1970 y 1980. A esto han venido a sumarse nuevos descubrimientos en el campo de la biotecnología que actualmente amenazan con afectar a las vidas de los individuos hasta unas dimensiones que todavía no han llegado a apreciar ni nuestros políticos ni el público en general.

Desde un punto de vista ideal, la década de 1990 debería ser los mejores tiempos. Las nuevas tecnologías, especialmente las relacionadas con la

microelectrónica, producen importantes beneficios. Los inventos para el control de las máquinas afectan a los procesos de producción mediante el uso de robots, del diseño y de la fabricación asistidos por ordenador, de máquinas y de procesos de envasado y almacenamiento automatizados. Se trata de procedimientos limpios, sumamente eficaces y productivos. Las mercaderías que producen resultan más baratas y requieren una proporción escasa del monótono y agotador trabajo a que estábamos acostumbrados en el pasado.

Desde los aparatos hasta los juguetes, los nuevos productos de consumo salen al mercado a precios que dejarían atónitos a nuestros antepasados. Se han creado sistemas automatizados que permiten la exploración del espacio. Casi todos los días se descubren formas más eficaces de garantizar la seguridad: desde las urgencias de alerta médica en los hogares y en los hospitales hasta los reactores de energía nuclear.

La tecnología de las comunicaciones ha mejorado espectacularmente la recolección, el almacenamiento, la recuperación, el proceso y la producción de información. El ordenador ha dado lugar a los procesadores de palabras, al videotexto, a las redes conectadas, a los satélites de comunicaciones y a la transmisión por fibra óptica de la voz, de imágenes y de datos en cantidades y velocidades inimaginadas en el pasado. Estas, a su vez, han traído aparejados un mejor control del tráfico aéreo, instrucción y aprendizaje asistidos por ordenador, y transmisión facsímil de la correspondencia individual.

La opulencia aumenta al mismo ritmo que la productividad, a medida que las tecnologías se vuelven menos contaminantes mejora el ecosistema, y en la medida en que se facilita el acceso a la información también deberían aumentar el conocimiento y la capacidad de la especie humana para establecer juicios de valor más aquilatados.

¿Pero sucede así realmente? Debería. Los costes de cada uno de los sectores de fabricación, agrícola y de servicios han descendido con mayor rapidez de lo que ha aumentado la población. Y las tendencias asentadas en las dos décadas anteriores se mantienen.

Cuando el Club de Roma publicó su informe *Microelectronics and Society—For Better or For Worse* en 1982¹, yo decía en el capítulo sobre la

tecnología² que numerosas compañías estaban produciendo microplaquetas de Memoria de Acceso Aleatorio (RAM) de 64K, es decir, microplaquetas capaces de almacenar 64.000 bits de información y que requerían 128.000 componentes, pero que se esperaba que en el futuro saliese al mercado una microplaqueta de 256K RAM. En agosto de 1990, un artículo aparecido en *Scientific American*³ se refería a una microplaqueta de memoria que puede almacenar cuatro millones de bits de datos o 16 veces la cantidad que se predijo en el informe de 1982.

Progresos similares se han producido en el desarrollo de los microprocesadores donde se realizan las operaciones de lógica aritmética y de control. En 1980 la probabilidad se elevó a una microplaqueta de 16 bits que contenía 100.000 componentes capaces de manipular aproximadamente 65.000 números o datos equivalentes en un ciclo de instrucción. Ya está en el mercado un procesador de 32 bits creado por David Kluck, de la Universidad de Illinois. Puede manipular 4.295 millones de números frente a los 65.000 a los que nos hemos referido más arriba.

Pero donde realmente está centrada la competencia en este momento es en la velocidad de las operaciones. En el número de enero de *Scientific American*⁴, Cocoran hablaba de los numerosos enfoques diferentes que se están adoptando ahora en la carrera para construir el superordenador más rápido. Se decía que el NEC de Japón era actualmente el que se llevaba la palma, ya que cada procesador de su SX-3 tenía un ciclo de reloj de 2,9 nanosegundos y una velocidad máxima de 5,5 gigaflops, es decir, 5.500 millones de operaciones de coma flotante por segundo. Se dice que el proyecto Touchstone de Intel se propone la producción de un superordenador que funcionará a velocidades de hasta un billón (teraflops).

A diez años de la publicación del Informe del Club de Roma, la mayoría de los acontecimientos en la evolución de la microelectrónica que se predijeron para fines de siglo se han producido ya. Los costes han seguido bajando, aunque no tan espectacularmente como lo habían hecho durante el período comprendido entre 1960 y 1980. Pero aun así, tal como lo señaló Lawrence Tesler⁵, el coste relativo de los sistemas de ordenador (utilizando las máquinas más potentes de cada época) se

¹ *Microelectronics and Society—For Better or For Worse*, editado por Gunter Friedrichs y Adam Schaff, Pergamon Press, 1982.

² *Ibid.*, capítulo 2.

³ *Scientific American*, agosto 1990, pág. 100.

⁴ Cocoran, Elizabeth, «Calculating Reality», *Scientific American*, enero 1991, págs. 101-109.

⁵ «Network Computing in the 1990s», *Scientific American*, septiembre 1991.

ha reducido a la mitad aproximadamente cada tres años.

Lo mismo puede decirse para las demás tecnologías. Las fibras ópticas han superado algunos problemas iniciales asociados con su capacidad para mantener una señal sin pérdidas significativas en la potencia, la duración cuestionable de los láser y la relación-eficacia comparada con los tradicionales cables de cobre. Las ventajas relacionadas con el uso de la fibra óptica pueden compararse con las relacionadas con la microelectrónica. Una fibra puede transportar por lo menos 500.000 millones de bits de información por segundo frente a los 10 millones que podía transportar una línea telefónica ordinaria. Su capacidad para transportar imágenes en color sin distorsión apreciable las hace un sistema ideal para la transmisión de la Televisión de Alta Definición (HDTV) que se calcula será el principal producto para el entretenimiento del consumidor del futuro. Su pequeño tamaño y su peso ligero (1 por 100 del cable de cobre equivalente), su capacidad para hacer frente a altas variaciones en la temperatura, la facilidad de su instalación y mantenimiento junto con la mayor privacidad que puede garantizar como resultado de la dificultad de interferir en las líneas y su inmunidad a las interferencias eléctricas y de radio las ponen en una situación sumamente ventajosa frente a los sistemas de transmisión tradicionales.

A finales de 1989, la Nippon Telegraph and Telephone (NTT) reveló planes que, de llegar a realizarse, prácticamente llegarían a interconectar todos los hogares y oficinas de aquí al año 2015. En otro artículo de *Scientific American*⁶, donde se comentaba este anuncio, se decía que la red digital de servicios integrados (ISDN) «... pondría al alcance de los 50 millones de clientes de la Compañía aparatos tales como los teléfonos con televisión y los periódicos electrónicos personalizados». Y que «... la red tendría una tasa de transmisión máxima de 1,5 millones de bits por segundo (bps)». Esto frente a la tasa normal a través de las líneas telefónicas de 1.200 bps. El artículo seguía citando a la NTT, «... dado que la tasa proyectada todavía está por debajo de lo necesario para transportar la televisión de alta definición (HDTV), un portavoz dijo que están preparando servicios de banda amplia a velocidades de 150 millones bps, al tiempo que se sigue adelante con las investigaciones para aumentar esto a 10.000 millones...».

La fibra óptica no sólo tiene aplicaciones en las naciones industriales avanzadas. Los sistemas tienen también ventajas especiales que podrían resultar atractivas para los países en vías de desarrollo. La anchura de banda que ofrecen hace posible programas educacionales interactivos por primera vez. También, debido a lo ligero de su peso y a las largas distancias entre los repetidores, los servicios de teléfono y de televisión pueden hacerse llegar hasta áreas remotas con costes relativamente bajos. El hecho de que sean prácticamente inmunes a efectos medioambientales graves las convierten en un factor importante para el desarrollo de industrias manufactureras secundarias. Cuando se combina con la potencia de los satélites de comunicación para contrarrestar los problemas de la larga distancia y de las comunidades físicamente remotas, la fibra óptica ofrece a estos países los medios para proporcionar teleeducación, telemedicina y servicios administrativos. A la hora de considerar los proyectos de ayuda, las naciones ricas harían muy bien en combinar sus programas más tradicionales con la ayuda para la instalación de esos sistemas.

Japón sigue empeñado en superar a los demás países industrializados en el uso y aplicación de la robótica. Mientras que en 1980, según se decía en el Informe del Club de Roma, había en Japón 14.000 máquinas programables frente a las 3.255 de los Estados Unidos y las apenas 2.300 de los demás países industrializados, unos once años más tarde, según informe de la décima edición de septiembre de *The Toronto Star*, y citando a Kanji Yonemoto, vicepresidente de la Industrial Robot Association, en Japón se emplean 385.000 unidades de tiempo completo frente a 35.000 en los Estados Unidos. Y esto no es todo, Japón también está produciendo unos 80.000 nuevos robots al año. La enorme planta de Fanuc, al pie del monte Fuji, produce unas 1.000 máquinas de este tipo al mes con un personal de menos de 90 personas.

Los progresos en el campo de la biotecnología también suscitan gran interés en todo el planeta. La publicación canadiense *New Biotech*⁷ informa regularmente sobre los progresos en este área que despierta cada vez mayor interés. En artículos recientes se hablaba de la investigación sobre las formas de desactivar y controlar la bacteria responsable de la fibrosis quística, de pruebas de diagnóstico para las enfermedades infecciosas en todo el planeta, de métodos incruentos para detectar

⁶ *Scientific American*, marzo 1990, pág. 94.

⁷ *New Biotech*, Winter House Scientific Publications, Nepean, Ontario.

las arterias coronarias bloqueadas, de mejoras en las especies para mejorar los cultivos en la agricultura, de las aplicaciones de la biolixiviación en minería, del tratamiento de los residuos, de la renovación de los bosques, de cuestiones relacionadas con la pesca y los océanos y de una enorme cantidad de otros campos de la ciencia y de la tecnología.

¿Entonces dónde está el problema? Como se señalaba en un informe ⁸ sobre la conferencia de Ditchley Park: «La producción alimentaria mundial es suficiente para alimentar a la población del mundo, aun cuando el desarrollo desigual ha dejado sumidas en el hambre a enormes regiones. La producción total está menos estrechamente unida que antes al nivel y adjudicación de la producción de materias primas. El mundo no socialista ha avanzado hacia un mercado financiero único, sobre todo gracias a las innovaciones en materia de telecomunicaciones e informática. La producción, la inversión y los flujos comerciales trascienden las fronteras internacionales en mucha mayor medida que antes».

Tendríamos que estar en mejores condiciones de lo que nunca hemos estado. Pero no lo estamos. La historia tiene otro aspecto mucho más sombrío.

Como dijo un escritor: «Ningún novelista se atrevería a poner en un libro los más extremos de los vertiginosos contrastes entre riqueza y pobreza que constituyan la trama ordinaria de la vida en las ciudades americanas actuales» ⁹.

Y ninguna miniserie de televisión podría igualar al impacto de las imágenes de las personas sin hogar y acuciadas por el hambre que se tomaron en el Cuerno de Africa hace algunos años.

Las disparidades en la renta y en la calidad de vida entre los poseedores y los desposeídos se han venido señalando reiteradamente como causas principales de las revoluciones francesa y rusa, de la Gran Depresión de la década 1930, del surgimiento del Tercer Reich, de las luchas en el Cercano Oriente, etcétera.

Si esto es verdad o no y en qué medida lo es, es discutible. Lo que no es discutible es que los problemas asociados con la disparidad pueden encontrarse en todas partes, que sus causas son complejas y sus consecuencias alcanzan a todos los ámbitos. Por disparidad no quiero decir diversidad.

La diversidad es fundamental para el crecimiento tecnológico, científico y económico. Todas las naciones tienen sus cuotas de individuos excepcionalmente dotados. Personas como Tolstoi, Einstein, Ortega y Gasset, Picasso, Shakespeare y Mozart han enriquecido nuestras vidas. Pero no hay ningún argumento que permita sostener que una raza es superior a otra.

La palabra disparidad tiene actualmente una connotación muy diferente de la de diversidad. La palabra se usa para describir situaciones en que el acceso equitativo a unas condiciones de trabajo y unas retribuciones económicas razonables no existe; donde el acceso a la educación y a la formación sólo está al alcance de los privilegiados; donde el acceso a una prensa libre y a bibliotecas públicas suele estar restringido; donde el acceso a un medio ambiente sano y pacífico se vuelve imposible, y donde el acceso a la expresión política es difícil cuando no imposible.

Es sorprendente comprobar hasta qué punto existen las disparidades. Es relativamente fácil encontrar ejemplos económicos. Las Naciones Unidas y el Banco Mundial suelen publicar cifras que muestran el Producto Interior Bruto y la renta anual *per capita* de los distintos países.

Son criterios de indudable utilidad. El hecho de que el Producto Interior Bruto *per capita* del Grupo de las Siete Naciones Industriales fuera en 1988 de 23.000 dólares (EE.UU.), mientras que en el mismo año el Informe del Desarrollo Anual del Banco Mundial ¹⁰ situó a los más de 40 países muy pobres por debajo de los 450 dólares (EE.UU.), revela un contraste llamativo.

Pero estos datos sólo nos cuentan parte de la historia. Por ejemplo, entre los Siete Grandes hay diferencias. Si bien la cifra de los Estados Unidos es de 24.000 dólares y la de Canadá de 21.000, existen diferencias sustanciales en los servicios. Canadá tiene un sistema de atención médica universal, cosa que no tienen los Estados Unidos. Los bienes de consumo son más baratos en los Estados Unidos y su clima es más benigno. Resulta difícil determinar qué representa esto para la calidad de vida en los dos países.

Billy Brandt dijo que en este siglo en los países en vías de desarrollo 250 millones de personas abandonaron sus hogares, 15 millones de niños morían cada año antes de cumplir los cinco años y 300 millones no iban jamás al colegio. En los Es-

⁸ «End of Century Tasks: Coping With High Technology, Industrial Transformation and Economic Interdependence», *Ditchley Conference Report No. D97/13*, The Ditchley Foundation, Enstone, Oxfordshire OX7 4ER, Inglaterra.

⁹ Magnet, Myron, «The Rich and the Poor», *Fortune*, 6 de junio 1988.

¹⁰ Augustine, Mary, «And Man Created...», *Development Forum*, Comité de Información de las Naciones Unidas, Nueva York, 1988.

tados Unidos hay un médico por cada 520 habitantes, en Etiopía la proporción es de uno por cada 58.000 ¹¹. Teniendo en cuenta estos contrastes, de lo que hablamos es de una disparidad que va mucho más allá de las cuestiones financieras.

No importa cómo definamos la expresión «acomodados», existe una brecha enorme entre los que los son y los que no lo son. Y no sólo entre distintos países existe la brecha. Llega a todos los confines de nuestra sociedad. En los Estados Unidos, el índice de pobreza entre los negros (34 por 100) es tres veces mayor que entre los blancos. Más del 60 por 100 de las mujeres del mundo sufren pobreza y discriminación sexual y miles de personas sin hogar en los Estados Unidos pasan la noche en las calles, en los soportales y en los pasillos del metro. Entre 1979 y 1986 el gasto federal (Estados Unidos) en recursos naturales se redujo en un 24 por 100, y la investigación no militar en un 24 por 100, en ayuda a los colegios se redujo un 14 por 100 y en disponibilidad energética en un 65 por 100. Entre las familias de Canadá, el índice de pobreza ha ido en aumento desde 1981. En la década de 1960 había fundamentalmente cuatro grupos: la tercera edad, los incapacitados, los pueblos nativos y los que vivían en áreas deprimidas. En la actualidad sólo hay tres: las mujeres, los nativos y los incapacitados, constituyendo los jóvenes desempleados un cuarto grupo en surgimiento ¹².

Según Abdus Salam, hace unos 900 años un médico islámico dividió su farmacopea en «enfermedades de los ricos y enfermedades de los pobres». Actualmente, dice, «la mitad del tratado se referiría a la enfermedad de los ricos como miedo a la aniquilación, mientras que la de los pobres serían el hambre y la inanición» ¹³.

Un artículo aparecido recientemente en *Guardian Weekly* ¹⁴ hablaba de un informe según el cual la Eastman Kodak Company eliminaría 3.000 puestos de trabajo y comentaba que todos pensaban que esto era algo bueno y que un analista había elevado su calificación de la compañía a un «cómprese» y pasaba a comentar: «Tan absoluto es nuestro cinismo, tan completamente han fracasado las ideologías de izquierdas, que se considera algo así como una grosería la mera sugerencia

de que la pérdida de 3.000 puestos de trabajo no debería considerarse como algo bueno»... y a continuación pregunta: «¿No podemos al menos llorar a los muertos?» y agrega: «Al parecer la respuesta es no. Algunas industrias se contraen, y en sus espasmos arrojan a la gente de su trabajo. Esto es así, así es el mercado, no puede ser de otra manera. Tenemos que ser eficientes, lo cual es bueno, y realistas, lo cual es bueno, y obedecer las órdenes silenciosas del mercado, lo cual es bueno, a menos que sea moralmente malo, en cuyo caso no lo mencionaremos.»

Las implicaciones de la disparidad tienen un alcance enorme. En las comunicaciones, el receptor es esencial para el transmisor. Igualmente cierto es que todo vendedor necesita un comprador. Con casi los cuatro quintos de la población sumidos en la pobreza resulta difícil ver cómo puede funcionar una economía global. A medida que la cantidad de pobres aumenta dentro de los países, los costes de los servicios sociales se elevan, la deuda nacional, la de las empresas y la de los consumidores suben, el poder adquisitivo se niega a dar lugar a beneficios y a oportunidades para los futuros empresarios del mercado libre.

Este concepto no tiene nada de nuevo. Hace unos cuantos meses mi esposa y yo pasamos dos semanas en un apartamento del tercer piso de la Ruskin House en el Lake District de Inglaterra. Este artista del siglo XIX, maestro y crítico social, dijo algo similar cuando criticó las perspectivas de los economistas del *laissez-faire* asociados con la Revolución Industrial. Aunque los tiempos son diferentes y nos enfrentamos a un cambio diferente en el tipo de tecnología, sus opiniones son tan convincentes como deben haberlo parecido hace más de cien años.

Mahatma Gandhi, después de leer *Unto this Last* ¹⁵, lo tradujo al gugarati y escribió: «Me decidí a cambiar mi vida a la luz de este libro... descubrí algunas de mis convicciones más profundas reflejadas en este gran libro de Ruskin, y ésta es la razón de que el libro me haya cautivado hasta tal punto y me haya hecho transformar mi vida.»

Proust declaró: «El me enseñará, porque ¿acaso no es él, también, en alguna medida, la Verdad?». Y Tolstoi lo llamó: «... uno de los hombres más notables no sólo en Inglaterra y de nues-

¹¹ Brandt, Willy, *World Armament and World Hunger*, Victor Gallancy Ltd., Londres, 1986.

¹² Los datos han sido tomados de varios artículos aparecidos en *The New York Times*, *The Globe and Mail*, y Ross, David P., «Work and Income Security in the Nineties», *Canadian Council on Social Development Report*, Ottawa, 1987.

¹³ Salam, Abdus, *Ideals and Realities*, World Scientific Publishing Company, Singapur, 1984.

¹⁴ Cohan, Richard M., «What About the Workers», en *the Guardian Weekly*, 13 de octubre 1991, tomado de *The Washington Post*, 1991.

¹⁵ Ruskin, John, *Unto this Last, and Other Writings*, Penguin Books, Londres, 1985.

tro tiempo, sino de todos los países y de todos los tiempos. Era uno de esos escasos hombres que piensan con el corazón, y por eso pensó y dijo no sólo lo que él mismo había visto y sentido, sino lo que todos pensarán y dirán en el futuro».

¿Qué fue lo que dijo Ruskin para merecer tan abiertas alabanzas? Elegido primero como Profesor de Bellas Artes en Oxford en 1869, era muy conocido como artista y como crítico de arte. Pero fueron sus escritos sobre cuestiones económicas y sociales los que cautivaron la imaginación de algunos de los pensadores más destacados de su época y convirtieron a su obra *Unto this Last* en un tratado muy leído sobre la naturaleza de la riqueza. Una década después de su muerte, acaecida en el año 1900, se habían vendido 100.000 ejemplares y se habían hecho traducciones al italiano, al francés, al alemán y, por supuesto, al gugarati.

El libro atacaba las injusticias y las prácticas inhumanas que él había visto surgir después de la Revolución Industrial. Estaba horrorizado por lo que a su parecer implicaban las palabras de Adam Smith, David Ricardo y los demás apologistas políticos del sistema de libre empresa. Fundaba sus objeciones tanto en el terreno moral como en el intelectual. Esto no hizo ninguna gracia al poder establecido y los cuatro ensayos que constituyen la parte más importante del libro fueron atacados y se propuso que se pusiera coto a su publicación. El editor escribió al jefe de redacción, el novelista William Thackeray, diciendo: «... [los ensayos] estaban demasiado teñidos de herejía socialista como para concitar a los suscriptores».

Ruskin se negó a que le pusieran el rótulo de socialista y se definió como «... un *Tory* violento de la antigua escuela», con lo cual quería decir un conservador del medioambiente aunque lo que más le molestaban eran las injusticias. No estaba de acuerdo con la opinión socialista de que lo que había que cambiar eran las instituciones de la sociedad, sino que pensaba que lo que hacía falta era instruir al pueblo para tener una sociedad mejor. Para ello era un firme partidario de la educación libre para todos independientemente de la posición o del sexo; de oportunidades de empleo para todos; de una relación entre empleado y empleador basada en la justicia más que en el beneficio; del bienestar y de los hogares para las personas de la tercera edad y de que las mujeres tuvieran derecho al conocimiento y a la educación para dejar de ser «la sombra obediente del hombre».

Su argumento más poderoso, sin embargo, se basaba en su análisis de la producción y en su definición de la riqueza. Según él, la auténtica prueba de la producción es «... la modalidad y la distribución del consumo». Y «la cuestión que se le plantea a la nación no es cuánta mano de obra emplea, sino cuánta vida produce». La idea de que no hay producción sin consumo o de que no hay venta sin comprador pareció novedosa en los últimos días de la Revolución Industrial. Pero se trata de una verdad que no puede olvidarse fácilmente ante el actual resurgimiento de la fe en la eficacia del mercado libre. Hace algunos años, un artículo aparecido en una edición de *Scientific American*, donde se trataba el tema del impacto económico de las nuevas tecnologías asociadas con la microelectrónica y la robótica, se planteaba la cuestión de que si las empresas podían seguir adelante en su mayor parte sin la participación humana, entonces quién tendría dinero suficiente como para comprar sus productos.

Por razones de conveniencia, la respuesta fue que se lograría a través de la expansión del crédito en los niveles de la nación, de la empresa y del consumidor. Pero esto deja pendiente la cuestión de la naturaleza de la riqueza. Y Ruskin tenía una respuesta para ello:

«Puesto que el consumo es el fin y el objetivo de la producción, la vida es el fin y el objetivo del consumo... quiero dejar esto bien claro: no existe más riqueza que la vida. La vida, con todo su caudal de amor, alegría y admiración. El país más rico es el que nutre al mayor número de seres humanos nobles y felices; el hombre más rico es aquel que, habiendo perfeccionado las funciones de su propia vida hasta el máximo, ejerce también la mayor influencia favorable, no sólo personal, sino con sus posesiones, sobre las vidas de los demás.»

Es mucho lo que queda por entender sobre el enfoque de Ruskin acerca del consumo para que su mensaje sea redondo. Escribió mucho sobre la suerte de los pobres y sus necesidades, no sólo de alimentos, de vestido y de cobijo, sino también de sabiduría y de virtud. Comprendió que estas necesidades deberían cubrirse de la manera menos costosa y que la vida lujosa no sería posible durante algún tiempo. Sostuvo que el lujo sólo sería posible cuando fuera posible para todos.

Ruskin escribió cuando la Revolución Industrial se acercaba a su fin. La época victoriana fue una época dura. Fue una época de grandes beneficios. También fue una época de gran miseria y de la explotación de las masas. Fue el caldo de cultivo del que surgieron Marx y Engels, la Sociedad

Fabiana, la Revolución Rusa y el comunismo como doctrina política. Pero ahora, con el colapso virtual de la Unión Soviética, los partidos del ala izquierda están revueltos y las poblaciones de los países de lo que se había dado en llamar el Bloque del Este están tratando de hacer frente a una nueva forma de libre empresa tal como la definió el anterior presidente Ronald Reagan en los Estados Unidos.

Estamos empezando apenas a recoger lo que sembró la revolución de la información. ¿Qué clase de época es ésta que estamos viviendo?

La insólita expansión del crédito ha dejado a Occidente en una posición particularmente vulnerable. La llamada recesión lleva en sí el germen de un colapso económico y social que podría ser mucho más grave que la depresión de la década de 1930. G. D. H. Cole dijo que la causa era la sobreproducción y el subconsumo. Por más que su razonamiento pueda haber sido simplista, tiene una base de verdad lo suficientemente amplia como para que los profetas de hoy en día examinen los importantes desequilibrios resultantes de los tipos de disparidad de los que hemos hablado antes en este artículo.

Un reciente editorial aparecido en *The Globe and Mail*¹⁶ comentaba: «Alguien tendrá que decirle al congreso, al presidente y a sus amigos del alma de Canadá que la deuda caliente no es la solución para las aflicciones económicas de América del Norte, más bien es el problema. La *ratio* de toda deuda, pública y privada, con respecto al Producto Nacional Bruto en los Estados Unidos, un 135 por 100 estable a comienzos de la década de 1980, se disparó durante toda la década hasta llegar a su nivel actual del 190 por 100. La deuda de las empresas representa casi el 40 por 100 de todo el Producto Nacional Bruto; los pagos de intereses se llevan aproximadamente un tercio de las ganancias antes de impuestos. La deuda de las familias representa actualmente más del 90 por 100 de la renta disponible, habiéndose estancado la *ratio* de ahorros personales en un 4 por 100». Desgraciadamente, Estados Unidos no es la única entre las grandes potencias que adopta la política de pedir prestado contra el futuro. La práctica es demasiado común independientemente de la ideología particular de las naciones en cuestión.

El futuro de los partidos identificados con la izquierda debería preocupar a todos los miembros de la especie humana que esperan una vida mejor para sí mismos y para sus hijos independientemente

te del sector del espectro político con el que se identifiquen. Ninguna ideología ha dado pruebas de tener todas las respuestas para los problemas que afectan a la psique humana. Todas han demostrado que son falibles de una manera u otra. La izquierda, con su preocupación tradicional por el bienestar del individuo, debe desempeñar un papel integral en la lucha por encontrar soluciones a la pléyade de problemas que nos preocupan.

Lo que se necesita es que tanto los conductores como los conducidos comprendan mejor la naturaleza de la condición humana. El futuro no puede sacrificarse a las necesidades de hoy. En última instancia, es de interés para todos los seres humanos asegurarse de que el planeta mantenga su salud, sea capaz de responder a las necesidades básicas de toda la especie humana y esté libre de la violencia capaz de destruir la vida que sustenta.

No va a ser una tarea fácil. Demandará grandes sacrificios a todos los segmentos de la población y especialmente a la llamada élite. Ruskin tenía razón cuando sostenía que el lujo sólo es posible cuando es posible para todos. El espectáculo de un pequeño grupo elegido que disfruta de una vida de consumo insultante no puede alentar a las masas a ajustarse el cinturón, a someterse a gastos innecesarios, a trabajar más horas y a cumplir con sus obligaciones. Esto es especialmente cierto por lo que respecta a la izquierda teniendo en cuenta la filosofía que predica. Es mucho lo que se espera de ella, pero han sido demasiado numerosos los casos de elegantes casas de campo, *limousines* y privilegios asociados con los estilos de vida de los políticos más importantes, de los atletas y de los artistas.

Sin embargo, la situación es común a todas las sociedades. Desgraciadamente, existe una constante falta de liderazgo moral por parte de las instituciones y de los individuos a los cuales ha recurrido tradicionalmente la sociedad. Los políticos ya no parecen capaces de atraer a los miembros más destacados de la sociedad. Aunque no puede culparse al mensajero de todas las malas noticias, el examen microscópico dentro de las democracias de las vidas privadas de las figuras públicas se ha convertido en algo tan común que las personas de valía se muestran renuentes a presentarse a cargos. El cinismo resultante ha llevado a la devaluación de la profesión con un coste desproporcionado con respecto a lo que pueda haberse ganado por la llamada apertura de hoy día.

¹⁶ *The Globe and Mail*, 444 Front St. Toronto, 19 de noviembre de 1991.

La erudición —por lo que implica de camino hacia la sabiduría— también ha sufrido al especializarse cada vez más los diversos campos. En la filosofía, en particular, existe más preocupación por la precisión con la que se expresa el pensamiento que por su contenido y por las pruebas más que por los juicios. Si algún momento de la historia tuvo necesidad de hombres sabios, es éste, sin duda.

Pero los mayores obstáculos que se levantan en el camino del progreso son la codicia, el miedo, la ignorancia, la inseguridad y los sistemas que insisten sobre el corto plazo a expensas del largo plazo. Necesitamos líderes, no importa cuál sea su ideología, que nos alienten a pensar de una manera global y nos inspiren como lo hizo Aurelio Peccei tan eficazmente durante su vida. Necesitamos ilustrarnos, obtener una comprensión mayor de la importancia de garantizar la igualdad de acceso al conocimiento, al poder político y a una cuota razonable de los recursos de la tierra.

El futuro de la izquierda depende en gran medida de cómo quieran describirse aquellos que componen esa parte del espectro político. El Oxford Universal Dictionary los define como: «Entre los legisladores continentales, la sección de los miembros que se sienta a la izquierda de la cámara vista desde el sillón presidencial, por costum-

bre los que sostienen opiniones relativamente liberales o democráticas. En consecuencia, la sección más avanzada o innovadora de una escuela filosófica, una secta religiosa, un partido político, etcétera». En los últimos años, en las naciones occidentales se ha identificado a la izquierda con partidos que abogan por la propiedad estatal y el control de los factores de producción frente a la derecha que se asocia con el concepto de la economía libre de mercado, el capitalismo y el individuo por oposición a los derechos grupales.

Si la izquierda desea sobrevivir como fuerza política en la época caótica que estamos viviendo, y que es probable que continúe durante muchos años, sus miembros deben volver a los principios enunciados en la definición del diccionario. Es decir, como liberales, deben mostrarse libres de prejuicios, no como personas estrechamente técnicas o profesionales, abiertas a la recepción de nuevas ideas y reformas, generosas y de corazón abierto.

Significa aprovechar los notables progresos de la tecnología que se han descrito antes y asegurar que las ventajas que inevitablemente se sigan de ellos sean accesibles para todos. Significa una vuelta a los principios enunciados tan claramente por John Ruskin y un reconocimiento de la importancia de su precepto: «No hay otra fortuna más que la vida.»